AÑO XXIX. — Nº 1426.

EL DIA

MONTEVIDEO, 15 DE MAYO DE 1960.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



DON JOSE BATLLE Y ORDOÑEZ.

Nació para edificar una nación duradera. Hizo obra positiva. Dio al pueblo ejemplo de voluntad cívica. Y dejó orgánica una República en la que su presencia sobrevive. Al cumplirse el sábado próximo, día 21, un nuevo aniversario de su nacimiento, la cudadanía recuerda su genio de estadista, y le rinde fervoroso homenaje.

(Con el almirante Caperton, en 1917 a bordo del "Olttsburg". Fotografía de la colección del Capitán de Navío, Carlos A. Olivieri.)



Esta es mi escuela rural númera diez.

RECUERDOS DE ESCUELITA

TREINTA Y TRES

SI algo de lo que se dice pudiera alguna vez decir lo que se quiere decir, yo le haría un pequeño pedido a esta nota: que dijera mi gratitud.

Quiero ac.arar. No se trata de esa gratitud aprendida, que quien más quien menos se siente en la obligación de entonar cada vez que se habla de lo que hablaré. La misma que uno tuvo que sacar a relucir ya en la primera "Composición — Yo quiero a mi escuela", que a fuerza de uso se fue haciendo protocolar, amañada y empalago sa. ¡Cuántas veces he oído bendecir un pellizcón de maestra o acabar la obligación de encerrarse entre cuatro paredes aún al precio de una hermosa fiestita a cielo abierto!

La que yo busco dar aquí es otra gratitud. Una gratitud que no absuelve a nadie ni a nada. No tiene por qué cambiar de su viejo sitio los malos recuerdos. Ni por qué extender una indulgencia plenaria para cuanto ocurrió, por el hecho de conjugarse ya en pretérito indefinido. No sería humana esta gratitud, ni serviría para nada —como no fuera para pretender lucir un evan gelismo del que ando muy lejos— si quisiera ocultar el agrio sabor de alguna penitencia por justa que fuese; o el otro amargo de más de un muy oportuno billetito que llevé a los viejos para que se enteraran de mis propias pellejerías. O esta marca de "las orejas como para hacer almácigo" y "las uñas de luto cerrado" puesta en presencia de los compañeros (¡y las compa ñeras!) de clase. O aquel casi miedo que desde sus respectivas paredes esparcían las viejas efigies parduzcas y serias hasta la amenaza de Artigas y Varela. O la tristeza de aquellos contrastes entre el pie calzado y la "pata en el suelo", la almidonada túnica propia y la casi transparente tuniquita prestada, el fiambre de milanesa y pan y el de boniato cocido, la pantorrilla temblona y la canillita fina, la mejilla rozagante y el pómulo huesudo, la mirada feliz y los ojitos tristes...

Puesto todo eso en su lugar, voy ahora derechito a lo que quiero. Declaro que —ya limpio el camino de aquellos estorbos— comienzo a valorar la verdadera necesidad de esa tarea previa. Me siento liviano, ahora; como para agarrar el tema por mi cuen ta y luchar tranquilamente hasta el final por el sencillo pedido que le hice a esta nota al principio

Y lo primero tiene que ser lo primero. Lo primero que debo agradecer sincera, ancha, gozosamente, es haber sido niño en aquel lugar arisco y triste (triste hasta llorar; yo vi gente llorar de tristeza, allí), pero lindo como nada de mi Treinta y Tres. Niño, para que aquel mundo se hiciera para siempre en mí; me proporcionara el privilegio de haberlo rescatado para aquí, pa ra ahora. Pues tengo que decirlo para no traicionarme, yo sigo sintiéndome piedra de aquella cantera; habida cuenta, naturalmente, del pulimento que toda piedra recibe del rodar, del tiempo y en algunos casos —éste, por ejemplo— de ciertos tratamientos particulares.

*

Eso —piedra recién arrancada, con un aseado pero breve lustrecito casero recibido de mis padres— era yo a los ocho años, cuando me agarró Ramona Fernández (Gita), mi primera maestra. Prima hermana, diez años mayor que yo, más seria que jovial, más maestra que prima; pero así y todo, me enamoré no más de ella. ¡Y qué amor el de mis ocho años! No podía ni oírla nombrar (¡y cómo lo nombraba!) a Víctor Prigue, entonces novio, hoy esposo suyo. ¡Las veces que anduve con ganas de ahogar en el fondo del Yerbal Chico dos o tres retratitos suyos que andaban por allí, provocando a la gente! Cuando mi maestra recibía carta del otro, yo hasta le copiaba mal las lecciones de puro despecho. Vivía desasosegado, con aquel amor inconfesable.

Gita vivía con los padres —tío Reginaldo y tía China—, su hermana Jovelina, el viejo Yuca Brun, el perro Cacique, la gata Rubita y el gato Batelle, en un ranchito (para mí de ensueño, para ella de pesadilla), a poco más de media legua de casa y poco menos de una cuadra del Yerbal Chico, en el campo de mi padre. Concurríamos a clase con mi hermana Chicha, enancados en el doradillo viejo. Salíamos de mañanita y regresábamos al atardecer, pues era escuela con almuerzo y café de la tar de. Tanto de ida como de vuelta, el camino de veinte y pocas cuadras nos llevaba alrededor de una hora, menos preocupados en llegar que en mirar salamancas, corretear lagartos, buscar nidos de teruteros, juguetear en el arroyo y (yo) juntar flores de margaritas y bibíes para mi... queridísima prima maestra...

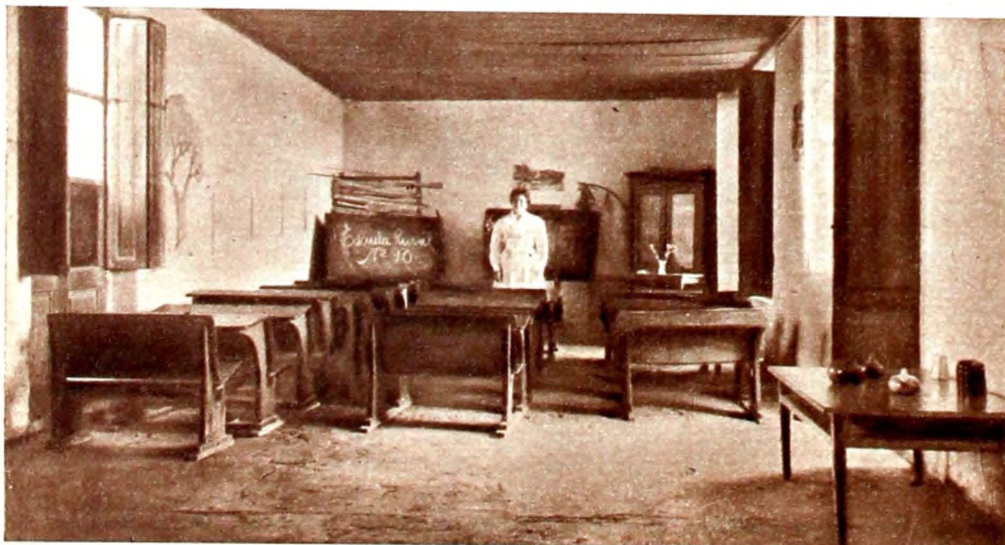
Tiene treinta y dos años, esta imagen. Pero ¡qué nuevita, qué iluminada la veo! Aquí los dos "cuerpos" del ranchito, como boyando sobre la blancura del patio, suje tos a los dos eucaliptos que le hacían guardia. Más allá el jardín, siempre coloreando; al fondo la quinta de verduras; hacia el Este, respaldada por enormes cerros, la mancha larga y fina del arroyo, rojiza de mim brales, verde-oscura de coronillas, amarillenta de bañados pantanosos. Después campo, cielo y silencio. Campo manchado de arbolitos solitarios y ganados dispersos; cielo apenas manchado por el humo vertical de la cocina y el de las quemazones leja nas; silencio sin más manchas que algún melancólico guión de zorzales o los puntitos apenas perceptibles de un distante grito de teros o de tucu-tucos, allá sobre el ocaso. Aquí está mi tía, en su trajín de dueña de casa, ayudada por la hija menor; allá el viejo Yuca picando leña o acarreando agua; y aquí en la sala, inclinados sobre la mesa, "¿Quieres leer?" por delante, nosotros tres "dele y dele". Muy de vez en cuando llegaba mi tío, entonces sub comisario, siempre en yunta con aquel milico inolvidable que fue Alfredo Olivera, a hacer pedazos de aquella dulce monotonía con sus cuentos bárbaros, sus sabrosos dicharachos, sus verseadas históricas y sus interminables cita de cuanto libro pasó y no pasó por sus manos. Con esta imagen en los ojos hacia acá, llegué un año más tarde a la escuela rural número diez.

*

Mi segunda maestra fue María Esther Correa (Uva), quien entonces había caído por aquellos pagos en compañía de Sara, su madre espiritual, buena y sencilla; una negra llamada Juana, grande como un rancho y comilona como pocas vi; y Mirtha Maldonado (Chola), entonces una "pirriaquita" que cantaba la maxixa "La Chichara", bailaba el Charleston confundía ovejas con chanchos, decía en clase que "el horizonte es un bicho muy feo", jugaba al ludo conmigo y se hacía perdonar sus "montevideanadas" y querer por cuanto viviente la tratase.

Llegaba pues, mi tiempo de escolar "con todas las barbas". A primer "golpe de pen samiento" lo deseaba; quería uniformarme, hacer fila, marcar el paso, recorrer solo aquel camino que había andado unas pocas veces con mi padre y que después habría de conocer piedra a carqueja, jeme a jeme. Que deseaba aquel tiempo "a primer golpe de pensamiento", dije. Y dije, porque a "segundo golpe", me bañaba una desoladora tristeza por la perdida de lo otro: el camino al rancho de mis tíos... mi hermana, el doradillo y yo..., las salamancas, los lagartos y las flores silvestres..., mi querida prima-maestra..., todo, todo cuanto trajeron y se llevaron aquellos días demo rados y mansos, extendidos de horizonte a horizonte...

Hasta que vino aquella mañana del otoño de 1929. Se entraba a clase más o menos a las nueve. A las siete yo ya había ensillado y desayunado. Cuarto de hora después, con el cartapacio (lleno de útiles y un cuarto metro de chorizo asado) a media espalda; túnica impecable, polonesas negras, boina roja, cuatro o cinco besos y veinte o treinta recomendaciones de mi madre, monté mi colorado clinudo y salí tragando aire y enhebrando presentimientos. El sol bañaba el paisaje, casi sin tocarlo. Los campos se iban poblando de voces mañaneras. Mientras avanzaba, yo me sentía recibir por el saludo optimista y alegre de cuanto existía. Todo parecía entonar un himno de triunfo en mi homenaje. Todo hasta allí, hasta el caminito a lo de mi primera maestra que se separaba por adentro del campo: hasta las chilcas me parecieron inclinadas por el peso de un nubarrón de recuerdos, que me acompañó hasta que tuve frente a mí el inmenso cerro sobre cuya cúspide se recortaba la silueta de granito rosado de la escuela rural número diez.



Aspecto interior del salón de clase, y maestra actual señora Gladys Canedo. (Foto De Grandi).



Este es el boliche, hoy de don Armando Almeida. A la derecha, al fondo, la casa de los maestros. (Foto De Grandi).

ESCUELA RURAL NUMERO 10

Lle... antes de las ocho, desensillé en ...lpcito de terrón y paja a que había ...uedado reducido el antiguo edificio de la ...escuela, largué mi caballo en el piquete, y ...pujado por la soledad, me metí en el ...boliche entonces de don Martín Llano y don ...fael Barreto, en la antigua casa de ...propiedad de don Victorio Rodríguez, en una de cuyas dependencias estaba la casa de los maestros.

✲

Me gustó la escuela. Me gustó el segundo año ...arteado por el libro "Tierra nuestra". Me gustó el olor de allí adentro, me gusta... colores, me gustó... me gustó la ... alta y flaca, con su túnica flaman... ...umadita, suave... A los pocos días ...taba perdidamente enamorado de ella. ¡Ah, ...!... ¡Lástima el detallecito de mis ... y sus veinte años!...

...amos poquitos, por esa época. "Poqui... ...ro bien montados". ¡Qué amistades! Fue ...or entonces que nos conocimos con el ... Ortiz: Efraín (Pibe), Víctor (Fla...co) ... Odonil (Gallego). Un trío que valía por ... sexteto. Recorríamos juntos media legua de ida y la misma de vuelta. No ha... ... que no hiciéramos con aquellos des... ...os. Cada penca de sacarle el sombre... ...unos hartazgos de higo de tuna en el campo de don Melo Fleitas, que hasta hoy ...en mentira. Salíamos duros de higos, por dentro y por afuera; lo que no comía... ...cargábamos. Y nuestros padres afligi... ...or nuestras inapetencias. Nos separá... ... en la mitad del camino; en invierno nos ...ecíamos "hasta luego", pues a las diez de la noche, rodeados de perros, nos volvía-



Paisaje de "aquellas sierras ariscas donde todavía aúlla el viento y planean los cuervos sobre los pedregales desnudos". (Foto De Grandi).

... encontrar para salir a cazar zorrillos (y ... le cayera), a pie por esos campos es...cados, hasta tocar el fondo de las ma...driadas.

...mpañeros de entonces fueron también ...amin, Alfio y Blanca Villa; Enilda y ...ra Toledo; Aurora y Celia Caraballo; ...do Calero, Ramón y Guadalupe Flei... Miguel, José, Carmelo y Justo Baladán; ...nasildo Xavier; Oclides, Omar y Osnil... Elena, Elisa y Ema Silva; Juan Iguiní; ...estina Cuello y Máxima Olivera; Soco... Franco; Lila, Francisca y Goyo Núñez; ...ría Juana y Laura Bonilla; Sena Silve... ... los Sequeira; Amabilio y Jacinto Oli...va...

...Uva era maestra suave, lenta, enemiga ... gritos y penitencias, muy amiga de las ...nualidades, el deporte, el canto coral, ... grandes fiestas de fin de año.

✲

En tercer año, con el libro "Uruguay", ...uguré mi tercera maestra. Fue Dominga ...chez Castro. Hermana del mayor Alci..., amigo de los que saben serlo. Solita ...gó Dominga allí. Fue después, que se ...vó una negrita que era una pintura, lla...ada María Mercedes Fontola; y más tar... al famoso Gringo Tanco (hijo de don ...as y doña Eustaquia), un gurí "recién sa...lo de la cáscara", que hizo época con sus ...gachadas".

La primera consecuencia de la llegada de ...ominga, fue el aumento al triple de la ...istencia escolar. El rancherío de aquella ...erra se vació de gurises por los caminos de la escuela. El espectáculo daba gusto. Fue necesaria una ayudantía que cayó en manos de don Fidel Vittola Reale, ya baquiano en el pago. Hubo que repartir el salón y allá marchó don Fidel con todo el "mojarrerío" de primer año para atrás del tabique.

Entre la nueva gente que llegó con la nueva maestra, estaban mis hermanos Chicha, Lila y Juan Carlos, y el indio Antonio Marta, por entonces en casa. Como para ir a caballo hubiéramos necesitado una tropilla, mi padre nos acondicionó un carrito de pértigo, que tirábamos a caballo Antonio o yo. Poco después tuvimos que levantar a Rafaela González, uno de los dos tuvo que cabalgar aparte.

Con Dominga se aprendía. Y el que no aprendía, lo pasaba de regular para abajo. Era maestra de disciplina, enérgica, de las que hacía pisar livianito. Sabía aconsejar, sabía premiar, sabía castigar hasta hacer saltar las lágrimas. Y a mí me las hizo saltar a raudales, más de una vez. Claro, yo tenía once y doce años. ¡Y cómo se quiere una maestra a esa edad!... Lo cierto es que hubo temas que, después de allí, recién los fui a estudiar en segundo año del Liceo.

Fueron épocas tan memorables, que en la memoria están patentes no sólo cada compañero, sino su caballo, su calzado y su vestido. No se pueden dar todos sus nombres aquí. Apenas algunos apellidos más: Larrosa, Iguiní, Pereira, Caraballo, Ramírez, López, Mieres, Cáetano, Caldas, Rodríguez, Techera, etc.

✲

Y llegó Santos Pintos. El primer maestro varón que según nuestros recuerdos, quedaba al frente de la escuela. Se produjo el gran desbande de gurisas. Los padres no querían mandar sus hijas a un maestro. Y Pintos, que andaba con muchas ganas de casarse (cada pocos días le pedía a mi viejo el caballo Cabezón, prendía un sulquicito y se largaba al pueblo), no encontró mejor argumento para sacarse aquellas ganas, aún a costa de llevarse a la pobre Nelsa Pereira para aquellas cerrilladas. Y naturalmente, la llegada de la señora del maestro, puso fin a la situación y volvió a llenarse la escuela de muchachas.

Acostumbrados como estábamos con Dominga, las modalidades de Santos nos chocaron de entrada. Desde la forma de poner las calificaciones, hasta la de mandarnos sentar, nos chocaron. Pero fundamentalmente, nos pareció muy apagadito el hombre. Claro que apenas nuestros abusos lo hicieron encender dos o tres veces, cambiamos de opinión. Por lo que a mí respecta, sólo sé decir que aquel cambio de opinión me valió para conocer a uno de los hombres más correctos y buenos, más justos y comprensivos de cuantos se empeñaron en que yo fuera mucho más de lo que pude ser. Me despedí de él, allá por agosto de 1933, para partir hacia Treinta y Tres del Olimar, buscando entrar al Liceo al año siguiente.

✲

Cada vez que puedo, doy una vueltita por allá. La última, hace poco más de un mes. Recorrí el camino de punta a punta, partiendo exactamente del lugar de la que fue mi casa paterna, de donde salí aquella mañana de 1929 en mi colorado y de donde salía después, el carrito lleno de gurises. Lo único que hay y no había, son las casas de Juan Ramón Rosas, el Gallego Ortiz y Lalo Machado, y una calle en el campo del primero. Lo único que hubo y no hay, son el rancho largo de don Baldomero Caldas, el cortito de don Severino Gutiérrez, el de don Diego Villa y las casas de don Irineo Gutiérrez, doña María Juana y doña Lala González, y la que ocuparon don Ramón Pereira y don Anselmo Lugo. Lo único que cambió de lugar, fueron el piquete de los caballos y el galponcito de desensillar. Todo lo demás es lo mismo y sigue estando en el mismo lugar. Desde la portera donde nos encontrábamos y nos despedíamos con los Ortiz, hasta el barrizal frente a lo de don Miguel Caraballo; desde las altas piedras a cuyo abrigo soliamos encender los puchos, hasta el árbol de afuera que saludábamos a "contra hora" y deshojábamos a palos.

Al salón de clase sólo le falta un poco (bastante) de pintura y le sobran algunos agujeros en el piso y las puertas, y muchas manchas de humedad en las paredes y el techo. Los bancos y el pupitre, el pizarrón y las bibliotecas, los retratos de Artigas y Varela, son los mismos con treinta y dos años más, y siguen ocupando los mismos lugares de entonces.

La heroína de turno... digo la maestra, es la señorita Gladys Canedo, que cambió las sierras minuanas por aquellas sierras ariscas donde todavía aúlla el viento y planean los cuervos sobre los pedregales desnudos. Sigue ocupando la vieja casa de los maestros, (llena de goterones), a cuyo frente aún luce la higuera de aquellos tiempos.

Al boliche viejo no le falta ni le sobra una piedra. Su propietario actual es don Armando Almeida, y la cañita brasileña que despacha tiene el mismo sabor (¡oh aguas del Yerbal Chico!) que la que se vendía allí mismo hace treinta y dos años. Gracias a ella se me alivianó, al salir de allí, el peso de ese mundo de tiempo encima que llevaba al llegar. Entre el ocaso y la distancia, me fueron borrando la silueta del cerro con la escuela al tope. Pero es en vano, aquí está otra vez, resplandeciente, como aquella mañanita otoñal de 1929; igual que recién pintada.

✲

Releo lo escrito y encuentro que esta nota no ha satisfecho el humilde pedido que le hice al comenzarla. Por eso debo terminarla así: gracias Gita, Uva, Dominga y Santos. Gracias, mi querida escuelita rural número diez. Gracias, mundo donde fui niño.

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA).



Otra vista de la escuela. Adviértase qué soledad la circunda, sobre la cúspide del cerro más alto de la zona. (Foto De Grandi).



Trayecto del viejo camino a la escuela, que recorrí hace 32 años. Apenas una lejana mancha, al fondo, la que fue mi casa paterna. (Foto De Grandi)



Arco del Triunfo en el castillo de Trujillo.



Una calle típica de Trujillo.



Puerta de la Muralla del Castillo.

POR LAS VIEJAS TIERRAS DE ESPAÑA

UN VIAJE POR EXTREMADURA ALTA

I

A una lo que le gusta de verdad es andarse la tierra; recorrerla palmo a palmo, con amoroso detenimiento pero sin demora excesiva ya que sigue habiendo más tierra por recorrer, para amarla, y la vida es siempre demasiado breve. Por esto, cuando quiero comunicarme intensamente conmigo misma me pongo a caminar, me doy al camino.

Imagino una larga aventura, —una dilatada ventura— por tierras viejas y dejo que el sol y el aire me vaya regalando sus dones sobre este regalo espléndido, colosal, de la arquitectura física y artística de mi patria. Y aunque no se me detiene el ansia andariega en estos límites sólo, y sé de muchos

Plaza Mayor, de Trujillo.

otr horizontes extranjeros a los que acudí otr días inolvidables, llevo unos pocos años de asiduo contacto con mi nación para aprendérmela y aprenderme en cada criatura de encontradas por el caminar, y en cada de las que se han ido quedando mientras nosotros nos estamos yendo...

la Semana Santa, tiempo de vacaciones, llegó el viaje a Extremadura que a garantías de buen clima soleado y ble. Y en el *Dauphine* rojo que el inesperado azar ha puesto en mis manos, emprendimos tres amigas y yo, todas andariegas para recorrernos la alta Extremadura. puedo aseguraros que no nos llevaba storia, ni el lugar común, ni el turismo r o peor organizado, asequible todo a el mundo. Nos llevaba, simplemente, nor al campo, al paisaje, a la soledad a tierra distante de las ciudades agobioras y de las obligaciones mejor o peor cumplidas. Cuatro mujeres, en suma, —dos autoras y dos buenas lectoras— dispuestas a ver y a oír y a seguir soñando. Estas cuartillas no van a servir mucho como guía o es a gente parecida a la que fue vivido lo que ellas relatarán sobriamente. que sí puedo anticipar a mis lectores ra los que escribo con la alegría de comunicar alegrías) es que anduvimos de sorpresa en sorpresa todo el viaje. Quizá por le dejábamos toda la revelación al imprevisto de cada vuelta, y no nos pertrechamos de "documentación" que nos precediera, nos anticipara lo que íbamos a contemplar. ¡Se ha escrito tanto ya de todo! ejor sería descubrir lo que nos atraía des- eso sí, su fantástica plaza mayor de paña.

Y como ha sido largo el andar, y comjo el ver, y en diez días de entrega al viaje extremeño y a sus ciudades y a sus monumentos fueron muchísimas las cosas llas admiradas, habremos de fraccionar estro relato a fin de no sobrecargarlo en masía

ADRID - TRUJILLO

Salimos de Madrid por la hermosa carretera que bordeando la Casa de Campo avan hasta llegar a Navalcarnero, que tanto gustaba —por su vino también— al pintor Solana, y seguimos para orillar el castillo de Maqueda y atravesar Talavera de Reina, en donde murió *Joselito* el grande, que es una ciudad hermosísima. Viene después Oropesa, la sin par Oropesa, en cuyo estupendo castillo está instalado un Parador de Turismo de limitada capacidad por ahora y en el cual se puede y se debe comer aunque el bolsillo se resienta bastante. En España no hay todavía, o seguramente no los habrá nunca, términos medios; y se pasa de la taberna al Hotel de primerísima categoría; la cosa media, para gente como yo de poco pelaje crematístico, no existe. Hubo, pues, que conformarse con lo de primerísima categoría en todo el viaje, salvo en un caso que consignaré ya que unió lo confortable muy aceptable con lo económico, felizmente.

De Oropesa seguimos hasta Navalmoral de la Mata por una ruta infernal que me costó un hermoso muelle de mi rutilante automóvil. Al entrar en la provincia de Cáceres recuperamos las buenas carreteras que va, salvo insignificantes tramos en mediano estado, nos acompañarían todo el viaje. Fuimos, aconsejados por el Parador de Oropesa, al *Hostal del Conquistador*, dos kms. antes de llegar a Trujillo. Allí debíamos cenar y dormir en espléndidas condiciones, pues este Hostal (excepción hecha de sus precios, para poseedores del dólar imperante!) es una magnífica posesión en mitad del campo, organizado como una de las mejores del mundo.

Naturalmente que desde aquí ya empieza a llamarse la que íbamos a hacer "Ruta de los Conquistadores". Pero yo no voy a hablaros de ellos, francamente, que harto los conocéis a todos, incluso mejor que yo. Me limitaré a nombraros las tierras que la componen, porque tan hermosas son y tan ricas —tampoco os mencionaré los problemas sociales que contienen— que cuando se las ve ya no se las puede olvidar nunca.

Dejamos las maletas en el Hostal del Conquistador, y como el atardecer —253 kilómetros hay de Madrid a Trujillo— enseñaba ya una luna fresca y transparente, nos encaminamos a Trujillo... ¡Qué acogida la de su Plaza, todavía caliente de sol de la tarde, y qué enorme sombra, qué tremenda sombra la que proyectaba la estatua de Pizarro contra el muro del palacio que se alza detrás suyo! La plaza ardía de chiquillos y de pájaros en una algarabía imponente. Entonces, despacito, guiadas por el niño más pobre de Trujillo, Manuel, subimos al castillo. Por unas escalinatas pinas, por una callejas estrechas, bajo unos arcos brotados de yedra, hacia una plazoleta inmensa extendida delante del castillo y dando vista sobre el pueblo y sus campos a la redonda.

Entramos al castillo, subimos a sus torreones, rodeamos —con el pasillo entre almenas— la mole inmensa y muy castigada por los siglos y el abandono para bajar, ya de noche, y seguir nuestra ronda... A Manuel lo apartó un hombre autorizado para guía, serio y enamorado de sus ruinas, que nos lo iba mostrando todo como hay que enseñar España; con profundo respeto. Pues respeto requiere ella, tan vieja y tan sufrida, tan venerada y tan calumniada, tan ensalzada y tan disparatada, tan loca y tan grave, tan fanática y tan contemporizadora, tan suya y tan derramada, tan vuestra y tan mía!

Por todas partes el escudo de Pizarro: palacios y losas sepulcrales. Por todas partes huellas de antes y de después. Tiempo. *Más* tiempo. Piedras y piedras. Iglesias e imágenes. Silencio y pobreza donde hubo oro tierno y brillador, enloquecedor oro que venía a veces con sangre nuestra y ajena y se escapaba hacia manos limpias y blandas que no habían hecho nada para merecerlo.

No bastaba ir, ya en la noche, con el buen guía cargado de historias y de datos. Hubo que volver a la mañana siguiente, de domingo, y continuar la peregrinación. Las gentes son amables, acogedoras, simpáticas; están orgullosas de sus antepasados y de los que más allá de Trujillo siguen siendo antepasados suyos también. Hay una Plaza del Fundador de Trujillo de Venezuela entre las esquinas de palacios y de iglesias que se levantaron hace cinco o seis, o diez! siglos. Y hay tantas piedras gastadas, tantos campos verdes al pie de esas mismas piedras, y tan enorme cantidad de rebaños, y de manadas de toros rubios y negros; y tantas aguas corriendo por todas partes...! Y también hay sed. Mucha sed. De agua y de pan. Si bien el pan de Extremadura es delicioso y se come con gula.



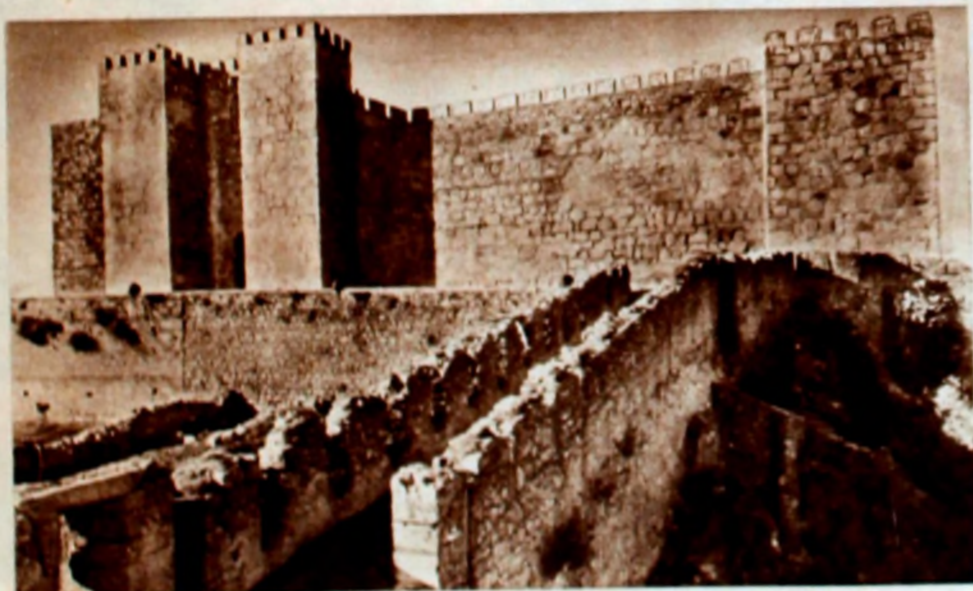
Trujillo. Casa del Marqués de la Conquista.

En el mediodía nos arrancamos con pena de Trujillo para irnos a comer al campo, a medio camino de Cáceres que dista sólo 47 kilómetros de Trujillo.

La plaza grande, la que mantiene enhiesta la estatua ecuestre de Pizarro se nos fue alejando hasta no sabemos qué nueva visita futura. Eran horas de sol prieto, y la sombra de los árboles frondosos del camino aliviaba la nostalgia que nos acompañaba como la más inesperada pena primera del viaje hacia lo eterno perdurable del mundo.

Carmen CONDE.

(Especial para EL DIA.)
Abril de 1960.



Vista parcial del Castillo.



Castillo. Oropesa, Toledo.

LA POESIA DE LA DESTRUCCION



Un curioso reloj de sol, que parece decir simbólicamente, que el tiempo gravita eternamente sobre el hombre, al que la maleza ha añadido unas barbazas vegetales. (Cabeza de guerrero, existente en los jardines del Castillo de Culzeam, en Ayrshire, Gran Bretaña. Cortesía de "Coming Events in Britain").

"...la obra profunda de la hora, la labor del minuto y el prodigio del año..."

R. DARIO.

EL tiempo, instancia difícil de definir, que ingenuamente tratan de escandir los relojes y que los calendarios cuadriculan en celdas arbitrarias, es el compañero invisible e inseparable de toda la jornada humana. Somos lo que el tiempo hace y deshace. Y, viviendo, hacemos y deshacemos el tiempo, que la mitología pinta como un gigante devorador de los mortales...

Su ímpetu avasallador, podría compararse con el vaivén sin pausa de las mareas. Y así como los oleajes depositan en las playas, saldos submarinos, restos de naufragios, el tiempo también acumula en las orillas de las edades, los fragmentarios residuos de su devenir, y al aviejar el rostro nuevo de las cosas, pone en ellas el acorde de lirismo que las realza, al infundirles el soplo de una individualización selectiva.

Para ciertos ánimos proclives a la tristeza, siempre tiene más fascinación el pasado que el presente; el pasado sugiere, dicta, hechiza, alecciona, hace divagar, hace añorar, invita a incursiones imposibles por un ámbito inabordable, y a medida que se añeja el escenario, la opresiva melancolía es una presencia deleitosa, que se añade como ingrediente inefable a la receta favorita de los soñadores: algo que se ha ido, algo que ha fracasado, una herida que no se restaña, y la contemplación del crepúsculo o de la noche, sin olvidarse, lógicamente, de pensar en la muerte. Con esto hay bastante como para que una sensibilidad exasperada reniegue de la esperanza y de la vida. El trasfondo evasivo, gota de azogue, que subyace en las almas, ese duende movedizo que no se conforma con un domicilio fijo, perturba la serenidad del hombre, insinuándole al oído, avieso, el consejo que le hace mirar con rencor el rincón doméstico y el anclaje de la rutina. Un nomadismo insatisfecho se agazapa en nosotros, bajo la forma de un malestar ansioso de aventura, impulso domesticado o encubierto bajo el barniz civilizado. Porque sabemos que junto a nosotros, el tiempo mide los gestos perdidos, las oportunidades desperdiciadas, para pedirnos alguna vez cuentas del despilfarro. No tenemos derecho a dilapidar el sentimiento.

Como las arenas de los desiertos, invasoras, que llegaron a recubrir los vestigios de algunas civilizaciones, los días van haciendo retroceder la quemazón de las lastimaduras, y hay que excavar más tarde en el terreno o en lo subjetivo, para exhumar lor tesoros sepultos y los agravios preteridos, que no por relegados, dejan de existir. Ay de los que olvidan... Sin embargo el tiempo es el personaje cauteloso que nos ronda, entonando las melopea de su rítmico roce que desgasta con igual eficacia la piedra eterna y la carne mortal.

Pero admirémoslo. Es el sumo Poeta, el colega mayor, el que pone el rapto lírico sobre la cima de las montañas, y un día les prende un penacho de fuegos violentos como quien se ofrece a sí mismo una fiesta pirotécnica, y desata ríos de lava quemante en una hecatombe monstruosa sobre ciudades indefensas, como aquellas italianas, para engrandecerlas con una catástrofe que los siglos no olvidan. En el vendaval de los milenios, sólo sobrevive lo que el tiempo elige para perdurar; lo demás va sumándose a los anonimatos, como quien quemara un legajo de cartas sin valor. Y a la hoguera de lo inservible, caen los hombres oscuros, que pudieron —¿por qué no?— ser buenos, las acciones mediocres que ni siquiera fueron malas, los sentimientos sin grandeza, la viruta desdeñable con que la lija del tiempo fue rebajando de cada uno, las superfluidades, los yerros, las miserias morales, esas rugosidades que no lograron ser gran virtud ni gran defecto. "No eres un pecador importante", reprocha a Peer Gynt, el Fundidor que quiere arrojar su alma en el crisol común donde debe amalgamarse con otros seres que tampoco definieron su destino. Y el tiempo derrite en su marmita gigantesca el metal para la extraña colada que cuaje para su galería de vencidos. Poeta lírico, asume acentos de treno o aires elegíacos para ponerse a tono con el signo fugaz de la existencia. Deshace, para hacer. El mejor ejemplo lo hallamos en esas ciudades extinguidas que fueron cunas de la historia, por las que cruzo el hombre y la pasión del hombre, y que hoy son un sarcófago inmenso, una necrópolis de escombros donde sobre cada piedra se sienta un fantasma.

Pueblan la soledad, el silencio y la muerte, los desiertos templos de la India, en cuyas selvas enigmáticas ya no combaten los raksasas, y en las que un día afloró la sonrisa luminosa de Sakuntala reconocida por su rey; la soledad, la muerte y el silencio vagabundean con sandalias de fieltro por el Valle de los Reyes, por las planicies de Maratón, entre las pirámides mayas, sobre el altar de los sacrificios humanos, en las huacas del Incario; el silencio y la soledad asoman por las troneras de los castillos del Rhin, de aguas melodiosas como si Loreley les hubiera contagiado su canto; soledad y silencio, levadura de leyendas, trepan por los torreones semi derruídos de la antigua Bretaña. El tiempo ha poetizado los perfiles de lo que fue gastando y aboliendo, de lo que se hizo olvido, de lo que arrasó en su marcha incesante. Hábil artista, de la ruina hizo belleza, y acaso sin quererlo Rodin copió su método, en la prisa del boceto que al dejar la obra inconclusa, le duplica la intensidad de la sugestión y del misterio. Paradójicamente, al destruir, el tiempo alzó símbolos imperecederos: es la columna trunca, es el capitel cercenado, es el torso de un dios antiguo que yace entre escombros sagrados, es la victoria alada que perdió las alas, es la cariátide que sólo soporta el cielo sin edad. Por allí hubo seres humanos, por allí pasó una manera de la cultura. De todo ello no queda sino la curiosidad arqueológica de unas piedras elocuentes. El tiempo se gloría en estas demoliciones, porque del puñado de cascotes preciosos surge un dinámico embrujo sin rival posible. No cabe



Una estatua mutilada, protegida por frondas lujosas, alza en el espectador un vuelo de poéticas meditaciones. (Museo de las Termas, Roma).



"Cronos devorando a sus hijos". — Goya. (Museo del Prado, Madrid).

di...rlo; a lo nuevo, a lo recién hecho, le faltase tacto imponderable que únicamente el paso de los años acumula, como el polvo en los rincones oscuros, para subrayar poéticamente la victoria de lo que se extingue.

Y en los suburbios del alma todos aplaudimos al poeta invulnerable y sapiente, que no vacila en sacrificarnos si necesita una ...rara para el gran poema de su tránsito. ¿Pensamos ahora que estuvo en lo cierto al decapitar a la mujer alada de Samotracia: ¿cómo era el rostro que enfrentó los oleajes ...rativos, el rostro salpicado por las espumas del Egeo? ¿Adelantaba la cabeza in...ente —porque inteligente debió ser la ...— al encuentro de los abismos, o la echaba hacia atrás, sacudiendo los empapados cabellos, en un gesto de reto y voluptuosidad, para sentir mejor la caricia salada de los grandes vientos que pegaron para siempre a sus rodillas las flotantes vestiduras? ¿Qué ademán ignorado esbozaban las manos de la diosa desceñida y frustrada para el gran gesto amoroso, "el abrazo imposible de la Venus de Milo"? Oh, es todo un capítulo de nostalgias del tiempo, del patrón celeste que nos mide para saber si convenimos a sus designios.



"El silencio y la soledad asoman por las troneras de los castillos del Rhin". (Ruinas del castillo de la Roca del Dragón, sobre el Rhin).



El tiempo, destruyendo, creó belleza. Lo prueban las ruinas de la Hélade. (Pórtico norte del Erection. Atenas.)

Y cuando al hojear un álbum de viejas fotos, al descubrir en un libro una flor mustia, al hallar en una cómoda una cinta deshilachada, punzante congoja nos agobia, no podemos saber si proviene de la cinta, de la flor, del retrato; si está en ellos la recóndita pujanza sentimental, o si somos nosotros quienes ponemos todo lo que nos falta, todo lo que nos sobra, sabiendo que la ilusión es exquisita y marchitable como las orquídeas, y ya dudamos de los ángeles guardianes porque la realidad termina por desplumarlos...

Pero no importa que el tiempo rime jubilosamente el gran himno cósmico de la destrucción| y| de| la eternidad, mientras en cualquier esquina del planeta, con gesto de mendigo, el pobre hombre que él deshereda, "a tientas, con la fe perdida", proclama su absoluta incompatibilidad con la alegría.

Y entonces nos consuela sabernos pasajeros.

Dora Isella **RUSSELL**

(Especial para **EL DIA**).

"Soledad y silencio, levadura de leyendas, trepan por los torreones semiderruídos". (Castillo de Carisbrooke, en la Isla de Wight, donde el rey Carlos estuvo prisionero, y donde más tarde murió su hija Isabel. (Cortesía de "Coming Events in Britain").



FACHADA de la casa de la calle Canelones, donde se instalará el Museo Figari.



"AUTORRETRATO", propiedad de Ema Figari, de la exposición de París.



"LA BODA", óleo destinado al Museo Figari.

La Consagración Uni[...]

EXPOSICIONES EN PARIS - MONT[...]

EL Museo de Arte Moderno de Par.s, lanzará la obra de Figari a la consagración universal. El 18 de mayo, inaugurada la exposición que la Sociedad Rioplatense Amigos de Figari organizara, tras ardua labor de sus integrantes, Sres.: Supervielle, Dodero, Vogolius, C. Herrera Mac Lean, J. Páez, José L. Zorrilla, Silva Valdez, Villa roso, B. Haedo, Fco. Bibiano, A. Leloir y el Embajador Dr. Sáenz, el nombre de Pedro Figari llevará el homenaje de todos los centros mundiales de arte. Este espaldarazo. tan merecido por la obra que en número de más de tres mil cartones realizara el gran pintor, dará al Uruguay el reconocimiento sin retaceos a uno de sus más preclaros talentos de originalísima faz creativa; sostenido ante las obras modernas con toda dignidad, y manteniendo para sí solo el cetro de un temario de indudable interés, doblemente valioso como lo es el histórico y característico de una época, y las variantes que en ella halló el maestro, al requerir a su recuerdo la virtud de una honestidad a toda prueba.

Mucho se ha escrito ya de Figari, e incluso desde estas páginas hemos abordado más de una vez el misterio de su manifestación, cuya eclosión sorprendió a Buenos Aires en 1921 y 23 y, aunque extraoficialmente, al mismo París, cuando en su taller, como un poseído, pintaba uno tras otro, o varios a la vez, los cartones que hoy la misma ciudad consagra definitivamente. El caso Figari, uno de los más raros en la vida de la pintura, alumbra plenamente cuando el artista cuenta ya sesenta años. Es entonces que toda la corriente de una época recordada abre su cauce, y desborda bajo la indicación segura de un instinto increíblemente infalible. Figari a visto a Vuillard, Van Gogh, y a Anglada Camarassa, pero ello es un relámpago que le da una idea de lo que él puede realizar. Marcar influencias de estos pintores es un error. Ya poseía Figari su temario, al que sin duda inconcientemente buscaba la forma de llevarlo a cabo pictóricamente.

Aunque en principio pintaba detenidamente y de la naturaleza, fue al tener la visión segura de su personalidad cuando rompió todas las cadenas, y eran muchas, que lo ataban a una vida ya firme en el reconocimiento general, cual era su representación; el Foro como Abogado, una banca en la Cámara como político, y la dirección de la Escuela de Artes y Oficios, que lo contara entre sus dirigentes máximos. Es este magnífico vuelco, que como una revelación rompe con la vida, podríamos decir normal, y ante el asombro general, Figari se entrega en absoluto a su vida de pintor.

Fuerza de espíritu no le faltaba: no en veno luchó en nuestro país como defensor en un caso de gran resonancia (Almeida) similar al de Dreyfus, y allí no muy lejos, y como una leyenda, todavía estaba Gauguín... Su expresión necesitó de ese concepto especial que lucen sus cuadros. Del *desdibujo* de sus personajes y elementos de la naturaleza, y de ese colorido ágil, vivaz y continuo en la armonía tonal, quebrada por algún rojo deslumbrante... El movimiento de sus escenas en los salones del 800, los candombes negros, agigantados en sus descalabrados ritmos, los pericones en los patios y bajo los naranjos, los tipos y las conversaciones que giran entre los caracteres diversos de una época que entabla diálogo con la nuestra, a través de un recuerdo que supo plasmarla. Es su técnica fluída y espontánea, aunque superponga color y matice los espacios; limpia y colorista, poseyendo una lírica poesía en los cielos y los campos de nuestra tierra. En muchos cartones están como imágenes, ya pálidas o luminosas, las lunas y los soles dorados, poniendo en las vestimentas gauchas, o excitantes de color de los negros, la radiación de vida que el pintor recreara. Sin duda Figari fue un pintor que trabajó con alegría, con una misteriosa juventud espiritual, fresca y diáfana, que lo retrotrajo hasta el nivel de su niñez, hasta beber en la fuente misma, el caudal que con celosa vigilancia guardaba su recuerdo hecho ya firme talento creador.

\#

Una exposición en París, una en Montevideo, y la idea del Museo Figari, que sustenta con renovado fervor su hija Delia, se unen en estos momentos. De la primera, diremos que la componen más de ochenta obras, en las que se hallan, además de las pertenecientes a las colecciones particulares de los componentes que hemos nombrado, las que el Estado, por intermedio del Museo Nacional y del Ministerio de I. Pública, aporta en número de diez. Se confeccionó un magnífico catálogo, prologado por Jean Caseau, colaborando Supervielle y Malreaux. Se dictará una conferencia sobre el "Sentido poético de la pintura de Fig[...]



"DE VUELTA DE LOS TOROS", [...]



"CASAMIENTO", de la colección exhibida en París.



"EL PALITO", expuesto en París.



"FATALIDAD", óleo destinado al Museo Figari.



"CANDOMBE", óleo que figurará en el Museo Figari.

…ersal de Figari

…DEO, Y LA IDEA DEL MUSEO

…imond Rouse, y se editará un … anunciador. La exposición, que …ideo realiza la Galería "Río de …reúne una serie de treinta obras …uchas de las cuales eran poco …el público, como la serie de Ve… de Figari aborda con la técnica …, y que le personaliza, un tema …más trabajado en el mundo de …s. Es la original factura la que … valores; igual puede decirse en … completa de esta exposición, la presencia del gran óleo "Comisión de Damas" ya que es nada menos que el cuadro que logró la medalla de oro en la exposición de Sevilla en el año 1930. Y agregaríamos aún "El Exodo", una visión del campo y de la historia, expresada sin evadirse de su control de tonalidad. Hay elementos en Figari que cobran una especialísima expresión en sus telas; unidad envolvente de rítmica colorista, que es fácil advertirlo en esta bien seleccionada exposición.

*

Hablemos ahora del Museo Figari, una idea que desde hace años prendiera en el espíritu de su hija, señora Delia Figari de Herrera. De su amable atención, supimos que se ha creado ya el Museo, cuyo edificio adquiriera el Municipio en la calle Canelones 942; una casona antigua, que aunque no llena totalmente el estilo colonial que se hubiera deseado, concreta una idea acariciada desde mucho tiempo. Por disposición de las autoridades, será esta hija del pintor, conservadora honoraria del Museo. La señora Delia Figari aportará 110 pinturas del maestro, 24 del hijo Juan Carlos, y una serie interesantísima de dibujos, manuscritos y libros, del que sostuviera en vida tantas facetas valiosas. En tal aporte, que sin duda se irá sumando en el correr del tiempo, están representadas casi todas las épocas de Figari. Es conmovedor observar los primeros trabajos. Los que realizaba en el mes de vacaciones que dedicaba sólo a pintar. Entonces, en pequeños cartones, el famoso abogado pintaba del natural, escenas de campo, tipos gauchescos. Era principio del siglo, y buscaba "lo racial sudamericano". Hubo momentos en que juntos: Blanes Viale, Figari y Milo Bereta, pintaban, añorando el primero los paisajes de Mallorca, y el último los de París; Figari creía en el "viejo petiso", en los caballos bajo las enramadas, y en los cielos nuestros. Todavía no se había emancipado, no había soltado amarras el entusiasmo desbordante: el milagro estaba en sus primeras tentativas... Fue a Buenos Aires, y luego a París en 1925. Su atelier en el 6º piso, frente a la Plaza del Panteón, encerraba a un hombre de casi sesenta años, entregado a pintar desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la tarde. Delia Figari estuvo con él largo tiempo; recuerda y desea que toda esta historia plasmada en los cuadros, pueda revelarse a través de ellos en el Museo. Porque lo raro radica en que Figari pintaba en París las escenas nativas que recordaba. Siempre pintó de primera intención —nos dice su hija—. "Fijaba" —como él decía— el tema, y luego a otros y a otros. Así podían reunirse en un solo día tres, cuatro, y hasta cinco cartones, que poco a poco iba retocando apenas, hasta dejarlos en el punto justo en que la liviandad y la sutileza requerida por el tema, sacudía su instinto. Sigue evocando Doña Delia, los recuerdos... y nos va mostrando los cuadros que irán al Museo: "La Boda", "Candombe Federal", "Fatalidad", tres obras fuertes, bien definidas en la personalidad de Figari. La primera con un fondo casi reina intensísimo, que sostiene a pesar de ello el movido conjunto de colores del primer plano: uno de los tantos misterios de la pintura Figari; el segundo, un cartón de gran tamaño, con cantidad de figuras danzando, quebrando sus cuerpos los negros en el súmum del movimiento, y luego "Fatalidad", un enorme cielo con luna; el horizonte bajo, una franja de campo y una cantidad de animales sedientos, unidos por la desesperación de las hierbas secas. Y así una serie admirable de obras, que no se perderán en la dispersión del mercado internacional, que ya ha adquirido el vértigo de los dólares para valorar los cuadros del gran uruguayo. Nada pudo conmover la férrea seguridad en el valor de la pintura de su padre, y fiel a su determinación de fundar el "Museo Figari", Doña Delia se sostuvo, aún en los momentos en que arreciaba la demanda, y la cotización cobraba aspectos insospechados. Este es su gran mérito.

Así hemos unido tres manifestaciones de gran importancia en la pintura de Figari: la gran exposición en París, la de Montevideo, y la concreción de la idea del Museo.

Eduardo VERNAZZA.
(Especial para EL DIA).



…en Montevideo.



…ON DE DAMAS", medalla de oro en la Exposición de Sevilla (1930) se exhibe actualmente en Montevideo.



"VENECIA", uno de los originales cuadros de la exposición actual en Montevideo.

HEMOS tenido el privilegio de conocer de cerca a muchos "grandes" del teatro. Los hemos visto y oído detrás de los decorados, en los camarines, en la mesa del café, en el cuarto del hotel, en la hora de abrir y cerrar las maletas, en la hora humana en que todos son iguales, el artista genial o el último del elenco. Nos hemos emocionado mil veces frente a muchos privilegiados de la fama y nos hemos desilusionado alguna vez ante la efímera gloria de otros... Hay quienes pasean por el mundo sin esfuerzos la aureola de sus prestigios y hay quienes viven manteniendo viva la técnica de su propaganda, engañándose a sí mismos.

Hemos conocido "grandes" que se han emocionado de veras frente a una estruendosa ovación, al finalizar un espectáculo o en la noche de una despedida. Otros hemos visto que simularon una emoción como una interpretación más.

Hay quienes se brindaron cordialmente a las atenciones y efusividades. Muchos que las evitaron... y otros, se defendieron por intermedio de esos "para-golpes" que se llaman representantes o secretarios.

En las grandes figuras del teatro universal, hemos conocido algunos que solamente concurrían al teatro a la hora de la función, ya que la preparación del programa a cumplirse descansaba en su equipo de ayudantes. Otros, a pesar del equipo, vivían en el teatro. ¿Más responsabilidad? No. Creemos que más pasión y vocación por el teatro, sentido más universal del espectáculo.

Ese es el caso de Jean-Louis Barrault, a quien conocimos durante sus actuaciones en Montevideo en los años 1950 y 1954.



Durante sus dos temporadas realizadas en Montevideo, Barrault visitó nuestra Escuela Municipal de Arte Dramático, dictando cátedras de teatro. Aquí lo vemos junto a su amiga la actriz Margarita Xirgú y alumnos del Instituto, en junio de 1954.

JEAN LOUIS BARRAULT, TODO UN HOMBRE DE TEATRO

Pocos casos de mayor fervor que el de este artista que, con su esposa Madeleine Renaud, constituyen el rubro que desde hace una década y media vienen paseando por el mundo las joyas de ayer, la inquietud de hoy y el bien decir del teatro galo.

Durante sus actuaciones en nuestra capital, lo hemos visto el día entero en el teatro, estudiando la adaptación de sus escenografías, reforzando las resistencias de sus equipos eléctricos, vigilando la labor de modistas y planchadoras, estudiando el juego de reflectores, escuchando una banda musical oída antes mil veces.

Nos parece verlo con su tricota azul oscura y su cigarrillo en los labios, solo, sentado en medio de la platea, estudiando un efecto más para la representación de la noche, un efecto que en cada país que visita, frente a los medios de que dispone cada teatro, debe estudiarlo nuevamente.

Siendo empresario de su elenco, jamás el éxito económico de sus actuaciones significaron para Barrault un paseo de turismo. Su preocupación de cada día es el público. Y bien lo ha dicho: "El público, para un artista, es todo. Sin él, no existiríamos."

La trayectoria de su vida lo dice elocuentemente. Juventud inquieta y vibrante, su pasión lo impulsó a vencer todas las barreras en una lucha sin descanso, difícil. Hay que tener veinte años para amar con locura y su locura era el teatro. Por eso lo logró y no decimos lo venció, porque frente al público hay que saber luchar todas las noches, aunque no siempre se le pueda vencer.

Trabajó en la maquinaria, fue apuntador... Muchas noches su cansancio lo llevó a buscar el sueño en el rincón de un escenario y despertó con nuevos bríos en el amanecer de palacios y castillos de papel pintado. Tantos sacrificios por una causa tan noble, tenía que despertar la atención del más sacrificado de los artistas de la época, Charles Dullin. Y bajo la tutela de este gran director, su destino se cumple. Probado en un pequeño papel, se supera. Los críticos de Francia comienzan a señalarlo. Pero Jean-Louis Barrault no se conforma. Tiene su idea su visión, su sueño. Estudia. Asiste a los cursos de la Historia del Arte en la Escuela del Louvre. Y a los cinco años de haber ingresado a "L'Atelier", Dullin le confía el montaje de "Autour d'une mére", adaptación de una novela de Faulkner. Su figura interesa a los productores cinematográficos y el cine, sin apasionarlo como el teatro, le brinda prestigio y dinero, dinero que necesita para hacer un día lo que anhela.

Ingresa en 1940 a la Comedia Francesa y bajo su dirección suben a escena en la Maison de Moliere, "El cid, "Phedre", "La reine morte" y "Le soulier de Satin", obra de Claudel escrita muchos años atrás, como todas las suyas, y que Barrault convirtió por la magia de su concepción escénica, en un éxito de público, como ocurriera después con otras del mismo poeta.

Y en 1946, con su esposa y gran compañera Madeleine Renaud, abandona el teatro oficial, para comenzar la gran empresa que había soñado: su propia compañía. Hacer lo que deseaba, lo que quería. Junto a él, un grupo de amigos, con las mismas ilusiones y esperanzas, con el mismo afán de huir todas las noches de las preocupaciones diarias en la encarnación de otra alma y de otra vida. Es hermoso señalar como demostración de la calidad humana de este matrimonio de artistas que, hace poco tiempo, celebrando un nuevo aniversario de la fundación de su elenco, diez y siete integrantes forman todavía el grupo de los fundadores, después de catorce años. Todos sus artistas están al servicio del autor. Aquí mismo, en Montevideo, hemos visto a Madeleine Renaud en pequeños papeles y a Barrault interpretar un rol sin letra en una obra de Feydeau.

Hombre de teatro integral no tiene limitaciones para su repertorio. No es de los que trabaja para "su" público, sino para "el" público. Sabe que el dinero que por verlo le paga un espectador sirve para satisfacer el gusto de otro. Se le ha criticado el eclecticismo de su repertorio. Si hubiera oído esas críticas, el destino de su elenco hubiera sido otro. Todas las expresiones del teatro han pasado por su repertorio. Con la misma honradez de artista puso su entusiasmo al servicio de "Hamlet" o de "Las fourberies de Scapin" que en "Estado de sitio", de Camus, "Occupe-toi d'Amelie" de Feydeau, o "Rhinocérós" de Ionesco, el más audaz y discutido de los autores teatrales, su más reciente triunfo como intérprete y director en el Odeón-Theatre de France.

Las más importantes capitales de las dos Américas y los grandes centros europeos, han consagrado a ese artista, realidad viva del teatro de Francia en el mundo y ejemplo de una vida al servicio del teatro. Jean Louis Barrault lo dice con firmeza y exactitud, en su libro "Reflexions sur le Théatre":

"Más allá de apasionantes teorías, más allá de obsesionantes problemas técnicos, el teatro de hoy nos preocupa principalmente en su función de comunión humana.

"Es en este espíritu de comunión que hemos fundado esta "casa", que es nuestra compañía.

"Sobre el Hombre,
Por el Hombre,
Para el Hombre."

Angel CUROTTO.

(Especial para EL DIA.)



Jean-Louis Barrault junto al autor de esta nota, en su camerino del teatro Solís, caracterizándose para "Baptiste", la pantomima de su película "Les enfants du Paradis", interpretada en junio de 1950 en función de despedida.



...mo del compacto poblado cerrense visto desde la cumbre. Lejos, al fondo, aparece el contorno extremo de la Capital, como una cinta blanca.



El ligero escobillón de humo señala el emplazamiento del Swift, ahora con el Artigas, Frigorífico del Cerro S. A.

ESE PROMONTORIO QUE ESTA FRENTE A LA BAHIA

... los ríos y montañas, una clara ...idad. Siéntese la tutela, el im...lizador que prodigan. Y hasta ...nombre, algunos, a pueblos y

...cuarenta metros de altura tiene, ...ese promontorio que emerge del ...nte a nuestra bahía. ...vedle!

...bajadores de los saladeros esta... principios del siglo pasado, se ...uedando allí, radicándose en las ... inmediaciones. Viviendas mo...s, casitas blancas, empezaron a ...Y a extenderse...

...s quedan ya, sin duda, el sala... Denis, el de Ferrés en el Panta... de Tabárez, desaparecido hace ...cuenta años; y lejos, casi borrados ...ancia, el Sansinena, primero de to...go Frigorífico Uruguayo, base del ...ico Nacional.

...nse también entre los días, la Ba... Braga y la de Wilson, que proveían ...ón a los barcos mercantes. Y el di...

...n al sol ahora, salientes techos ro... optimistas construcciones recientes, ... al Barrio Casabó, levantado como ...anzada allá por el año 20.

✥

...do niños, nos decían que el Cerro ...volcán apagado, como quien dice, un ...en vacaciones. Nos poníamos a pen...tonces, en esa extraña chimenea ...ndo el humo para aquí; en esa cal...rviente con la tapa saltada...

...ábamos luego "el vaporcito" que ha...recorrido hasta él, por cinco centé... ascendíamos en alborotado alpinis... escarpada pendiente del sendero ...l, hasta la propia cima, y desde allí ...amos!

...ente, nuestra ciudad empinada nos ...ndía.

...ervábamos después la Fortaleza, el ...

...s para orientar a los barcos que en...le noche — nos decían.

...Y esos cañones? Nunca tuvimos una ...esta satisfactoria.

Tal fortaleza se ha transformado en museo. La clásica construcción cuadrangular ostenta una placa conmemorativa en que se fija la fecha de su erección en 1809. Pero en la pared del patio interior, junto al aljibe, se establece como de origen la del año 1802. ¿Diferencia dialéctica, tal vez?

Con sus cuatro garitas empotradas en los ángulos de los gruesos muros, domina la cima y el lugar. A sus pies, sobre las piedras de abolengo, viejos cañones mordidos por el tiempo, dormitan aún al aire su sueño de nunca más. Dentro, en las prietas salas, están las doradas charreteras, los kepis, las banderas, las pistolas, los sables y trabucos, las balas que no fueron disparadas nunca, los retratos enhiestos, quietos ahí, compartiendo con las reminiscencias del heroísmo, las amenazas del olvido.

♣

De ocho a diez mil personas se movilizan diariamente en los tres frigoríficos importantes, ubicados hoy en la propicia zona cerrense: además del Nacional, el Artigas, ahora Frigorífico del Cerro, S. A. y el Swift, bajo el mismo signo, dedicado exclusivamente a mercadería envasada. Y cuatro escuelas públicas de primera enseñanza, un liceo, una escuela industrial, un dispensario del Ministerio de Salud Pública, un mercado, dos cines, sendas sucursales de distintos bancos, varias instituciones deportivas, una comisión de fomento, disponen el ambiente, promueven inquietud realizadora y solaz, a las setenta y cinco mil personas que pueblan hoy "el monte". Caminando al encuentro de la casualidad, os ha de salir al paso alguna vivienda de lata, remendada, sostenida apenas, que se inclina al río, sobreviviente testigo de duros días. De allí parten ahora unas voces, una canción, una risa sonora! Os ha de salir al paso, también el viejo campanario de una capilla. Y más allá, más allá otro, esta vez dominando el ancho predio de un colegio. Pero de pronto, os encontraréis con un edificio reciente, de lustrosos ladrillos ornamentales y atildado talante. Al leer en su frontispicio "Iglesia Evangélica Metodista", comprenderemos mejor el significado de la nomenclatura callejera cerrense, en que Grecia, Turquía, Japón, van surgiendo al azar. Los pueblos todos o sus principales ciudades, todas las creencias y las ideas dispersas por el mundo, convergen en ese recuerdo múltiple, y quiere ser un homenaje, que el Cerro rinde en la nomenclatura de sus calles empinadas.



En la punta extrema Oeste está ubicado el Frigorífico Nacional.

La tradición asentada en el rudo trabajo, y renovadas aspiraciones de progreso, empujan de vez en cuando los movimientos obreros, con cierto barullo, lo que da a la zona una fisonomía arisca, junto a la que aparece agitando banderas, el gremialismo.

Pero el Cerro tiene el otro lado. Siempre, la nostalgia del que se ha ido o tenido que ir del país, se prende a él, escala su cima, para contemplar desde allí, a la distancia, todo lo que ha dejado: la casa, el cielo, la niñez tal vez, la juventud, los días venturosos o tristes, quién sabe qué! Eso que oprime el pecho a veces.

No en vano figura su familiar estampa en nuestro escudo patrio. No en vano ese "monte" surgió en la historia, arrancando una exclamación al "vigía", que pasaba de largo por la soledad de la costa...

Enrique Ricardo GARET.

(Especial para EL DIA.)



La Avenida Carlos María Ramírez es el nexo entre la Capital y el famoso promontorio del Plata.



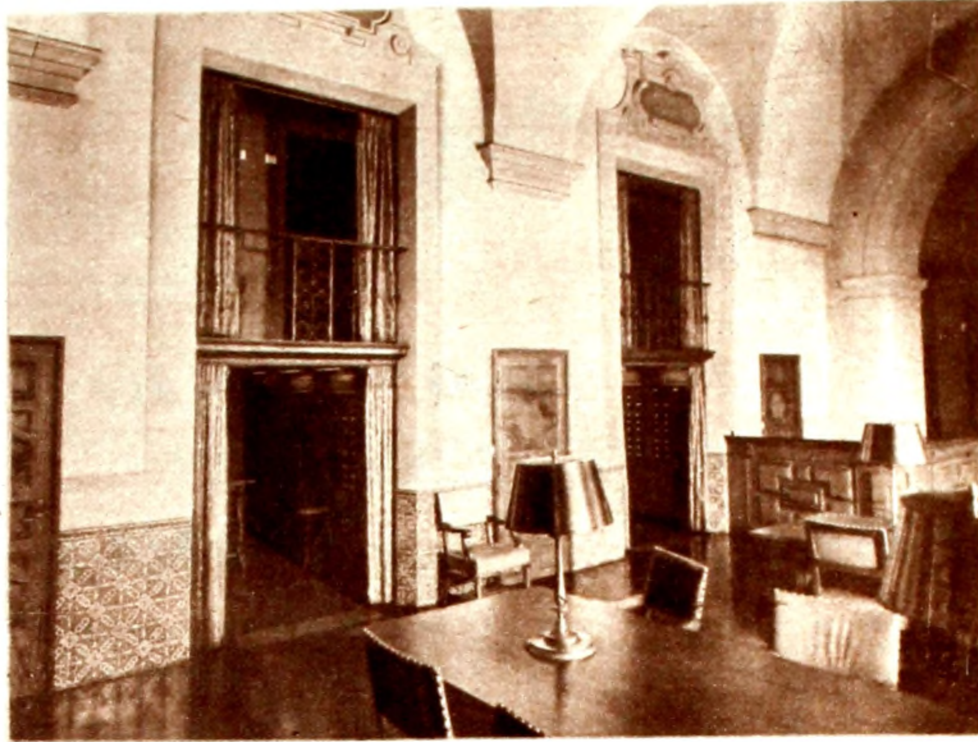
La histórica Fortaleza domina la cima del Cerro

EN LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE WASHINGTON

LA FUNDACION HISPANICA

Como es generalmente sabido, la Biblioteca del Congreso de Washington fue fundada en 1800 y su sede primitiva fue el mismo Capitolio. Thomas Jefferson enriqueció notablemente dicha biblioteca al donar, quince años más tarde de la fundación, su colección particular de libros, en gran parte devorados por el incendio de 1851. El clásico edificio de la Biblioteca del Congreso —tan difundido por la fotografía— se inauguró en 1897, luego de la mudanza del piso principal del propio Capitolio. Ya la biblioteca contaba con gran cantidad de libros raros y valiosísimos —los que figuraban en la tercera parte de la colección de Jefferson, que se salvó del fuego— así como las bibliotecas de Peter Force y de Joseph Meredith Toner. La primera, riquísima en libros de viaje e historia, fue adquirida en 100.000 dólares.

En cuanto a Joseph Meredith Toner, médico y anticuario radicado en Washington, que falleció a fines del siglo pasado, donó a la Biblioteca los 43.000 ejemplares de su valiosa colección. En 1939 se inauguró el edificio anexo a la Biblioteca del Congreso, edificio en mármol blanco, cuyas líneas ostentan una bella sobriedad. Ese mismo año de la inauguración del anexo corresponde a la creación de la Fundación Hispánica que constituye, como certeramente afirma la placa conmemorativa que vimos en su salón de lectura, un "centro dedicado al estudio de la cultura de España, Portugal y América Latina". No es posible referirse a este centro sin evocar la noble figura de Archer Milton Huntington, uno de esos multimillonarios de Estados Unidos que han sabido estimular generosamente las actividades culturales. Mr. Huntington, gran admirador de España y de su espíritu, fue el creador y Presidente de la "Hispanic Society of America", de New York, donde la literatura y el arte de España estaban ampliamente representados. Corresponde subrayar, al efecto, que fue la "Hispanic Society of America" la que convenció al gran poeta Juan Ramón Jiménez de la necesidad de que éste realizara una selección de sus poemas. Y así apareció, en New York, en 1917 y con el sello de dicha sociedad, la primera antología del autor de "La soledad sonora", antología que se titula "Poesías escojidas" (con j, siguiendo la costumbre del autor) y que incluye poemas escritos de 1899 a 1917, en un tomo de gran formato de 350 páginas en papel de hilo, y que hoy constituye algo así como un "incunable" pues sólo se editaron 600 ejemplares. Ilustra dicha obra una magnífica reproducción del cuadro del poeta, realizado en Madrid en 1916 por Joaquín Sorolla y Bastida, y que fue inmediatamente incorporado a la colección de la "Hispanic Society of America", a solicitud de Mr. Huntington. Fue también gracias a este dignísimo mecenas que la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso obtuvo una cooperación inapreciable, constituída por un fondo de 100.000 dólares, con el que se ha logrado que dicha Fundación contara con un sinfín de libros necesarios a todos los estudiosos. El entusiasmo y la generosidad de Mr. Huntington no se detuvieron ahí. Poco tiempo después realizó un nuevo regalo, de 50.000 dólares, para que sus intereses financiaran la creación, en la Biblioteca del Congreso, de una cátedra de Literatura Hispánica, llegando así al ideal de que una biblioteca sea un centro vivo de cultura, además de una vastísima colección de libros. Pero no fue únicamente Mr. Huntington quien colaboró materialmente en la hermosa obra. Otro espíritu generoso —cuyo nombre se mantiene en secreto, por propio deseo— quiso que la Fundación Hispánica tuviera un ambiente afín con su designación y en 1936 donó 10.000 dólares, para realizar tal ideal. Gracias a esa donación y al destacado arquitecto Paul Philipe Cret, se logró que la Fundación Hispánica pueda desarrollar su noble y fecunda vida intelectual en un ambiente de señorial exquisitez, cuyos detalles estilísticos (Renacimiento español del Siglo XVII) se adaptan certeramente a las necesidades de un ambiente funcional, como es una biblioteca. Resulta una verdadera



La Sala Hispánica, cuyos detalles estilísticos nos llevan al Siglo de Oro. Y ello, adaptado inteligentemente a las necesidades de un ambiente funcional, como es una biblioteca.

THE
HISTORY
OF
THE VALOROVS
AND WITTIE
KNIGHT-ERRANT,
DON QVIXOTE
Of the Mancha.
Translated out of the Spanish.



LONDON
Printed by William Stansby, for Ed. Blount and W. Barret. 1612.

Facsímil de la portada de la primera edición del "Quijote", traducción al inglés, ejemplar perteneciente a la Fundación Hispánica.



FIESTA DE LA COLECTIVIDAD ARMENIA.—Con motivo de la celebración del 33º aniversario de la fundación de la Unión Compatriota Armenia de Marash, de Montevideo, se efectuaron diversos actos que contaron con la presencia de una delegación artística de su similar en Buenos Aires, realizándose en su sede una serie de actos, con representaciones, danzas y cantos folklóricos.



El noble ambiente de estudio y recogimiento de la Sala Hispánica.



Un par de los murales realizados por el artista brasileño, Cándido Portinari, para la Fundación Hispánica. Pueden verse en esta foto los azulejos de Puebla que decoran la sala de lectura.

...ara los ojos poder recorrer esos sa-... dmirar su amplitud, sus techos, sus ..., su herrería, su carpintería, todo de ...gnidad y una pulcritud perfectas.

...o la tarde en que, en compañía de la ...ra peruana, señora Emilia Romero de ... visité por vez primera la Fundación. ...tonces su director el escritor chileno ...sco Aguilera, ex-discípulo de Gabriela ...l y, más tarde, lector de sus poe... en actos públicos, junto a la poetisa. ...bía conocido a Aguilera en La Habana ... recibimiento en Washington fue cor...ísimo. Un alto friso de la sala de lec... recuerda los nombres de aquellos gran... varones que dijeron su pensamiento en ... hispana, entre ellos Cervantes, Sar...o, Hostos, Rodó, Darío y muchos más.

...s libros raros y preciosos de la Fun... Hispánica se conservan en una sec... especial, la "Rare Book Division", pro... por grandes puertas de bronce que ...rdan un poco las de las cajas de cau... de los Bancos, pero que —a diferen... de éstas— se abren gentilmente cuando ...ector quiere consultar un libro (uno por ... devuelto, podrá en seguida consultar ...). En esa sección especial, la Fundación ...ánica posee varios incunables españoles ...encia, 1475; Zamora, 1482; Sevilla, 1491, ...l Leria, 1496; Salamanca, alrededor de ...6), así como algunos de los primeros libros impresos en América (Lima, 1585, 86) y uno de los primeros libros salidos de la imprenta en México (1544).

Fue para nosotros realmente emotivo ver en sus anaqueles el enorme número de libros uruguayos que posee la Fundación Hispánica. Porque una cosa es leer un catálogo, y otra muy distinta es hallarse tan lejos de la patria y poder recordar, frente a los libros, amigos e imprentas de Montevideo. Como muy agudamente dijo Eduardo J. Couture en una correspondencia enviada durante su último viaje a Estados Unidos, posiblemente muchos de los escritores uruguayos no se imaginan o no saben que un ejemplar de su libro —de cualquier libro— irá indefectiblemente a refugiarse en un anaquel de la Biblioteca del Congreso.

Pero la Fundación Hispánica (que actualmente dirige Mr. Howard F. Cline), no cuenta sólo con libros, en colecciones puestas rigurosamente al día, sino que su sección de manuscritos es asimismo fabulosa. Allí, libros manuscritos, de la época de Cristóbal Colón, o bien evocaciones de la conquista de Perú y México, así como cartas firmadas de Fernando e Isabel, Carlos V y otros soberanos de España. Y una colección de mapas que son, a la vez que invitaciones a viajes interminables, verdaderas obras de arte.

Estoy en la Sala Hispánica, admirando en su ambiente los detalles estilísticos del Siglo de Oro, sus azulejos de Puebla, aquel candelabro de plata de estilo mudéjar; aquel tapiz magnífico, los murales de Portinari, el escudo de armas de Cristóbal Colón. Pienso en la fineza con que el arquitecto Cret, de Filadelfia, supo adaptar tan bellos detalles a este ambiente de trabajo y recogimiento.

Quiero leer un libro, ¡pero son tántos! ¿Cómo elegir? ¿Qué elegir? ¡Cuán breve resulta nuestra vida, cuando pensamos en la infinitud de libros hermosos que nunca podremos leer! Aquí llega a mis manos algo que me emociona: son las palabras que el gran poeta estadunidense Archibald Mac Leish —en cierta manera, el continuador de Walt Whitman— leyó en la inauguración de la Fundación Hispánica, siendo director de la Biblioteca del Congreso. Y terminan así:

"Lo que nos reúne en este recinto es, pues, el propósito de consagrar para el uso de los ciudadanos de los Estados Unidos, así como para el uso de los lectores y estudiosos de todas partes, estas memorias de la experiencia americana. En esta Sala Hispánica en la Biblioteca del Congreso, los estudiosos de las Américas podrán escrutar la gran tradición ibérica que ha poblado con su pensamiento y poesía la porción más considerable de estos dos continentes. Aquí podrán leer las valiosas y múltiples obras escritas en estos continentes en las lenguas ibéricas; las dos grandes lenguas que, con la nuestra, se han convertido en la lengua americana. Si nuestras esperanzas se ven colmadas, los americanos habrán de encontrar aquí, algún día, la más vasta colección de literatura y de erudición hispánicas jamás reunidas en un solo lugar."

"Hay hombres en el mundo, y son muchos, que afirman que el tema de estudio propio de la humanidad no es el hombre, sino una clase particular de hombre. Hay quienes enseñan que el único estudio de índole cultural digno de un gran pueblo es el que tiene por tema su propia cultura. También hay quienes afirman que la única fraternidad efectiva es la fraternidad de la sangre, por la cual se han sostenido tantas guerras y en virtud de la cual todavía se justifican tantas muertes. La inauguración de esta sala y de esta colección de libros es una prueba de que esas opiniones no son válidas en las Américas: en las Américas pobladas de tantas esperanzas, tantos sufrimientos, tantas razas, la más alta fraternidad es la del espíritu humano."

Gastón FIGUEIRA.

(Especial para EL DIA.)





HOMENAJE NACIONAL PRO MONUMENTO A BATLLE. — Se ha iniciado con auspicioso éxito la segunda etapa de la gran campaña destinada a cubrir el rubro necesario para la erección del gran monumento que la formidable labor nacional cumplida por Batlle, merece de las generaciones actuales del país. Estas notas gráficas fueron tomadas en la entusiasta asamblea realizada en la Casa del Partido, punto inicial de esta nueva jornada financiera, a la que toda la ciudadanía, sin distinción de ideologías, tiene el deber moral de contribuir.

LA HIJA

DESDE el momento mismo de llegar a Montevideo, don Modesto Pérez y los suyos comprobaron la dolorosa distancia que mediaba entre las ilusiones que traían y la realidad que los esperaba. Por lo pronto, en la casa de aquel amigo del pago cuyas hijas tanto les escribieran a las muchachas incitándolas al traslado a la ciudad cuajada de atracciones sólo pudieron alojarse momentáneamente dos de éstas. Los demás tuvieron que meterse en una pieza de cualquier hotelucho, hasta que se encontrara una casita para alquilar. Pero esto no era fácil y los días se iban en caminatas agotadoras tras los engorrosos trámites de garantías, obtención de agua y energía eléctrica y ajuste a ordenanzas municipales que desconocían. Con los días se evaporaba también el poco dinero que reuniera don Modesto, como fruto de la liquidación de sus últimos bienes de pequeño estanciero fracasado, de manera que cuando finalmente la familia se instaló en una triste vivienda de un barrio suburbano, el remanente de su numerario era muy escaso

Vino un período de penurias, con la miseria acechando a la puerta como un perro vagabundo. ¿Dónde estaría ahora el campo, con sus primaveras henchidas de perfumes y colores? No era mentira que en la capital se ganan altos sueldos y jornales, como podían verlo, desesperados y envidiosos, en muchos de sus vecinos: la dificultad consistía en encontrar la oportunidad para ganarlos. Muy pronto el dueño de casa tuvo que convencerse de que él, por su edad y falta de aptitudes, resultaba una pieza sin aplicación en el nuevo ambiente. Todo quedaba librado a sus hijos. Por mediación de algunos de aquellos mismos vecinos, sin duda apiadados de la situación de los forasteros, los muchachos fueron a parar de jornaleros en una fábrica. Aunque poco, ya era algo. Después de mil viajes al centro, acudiendo a los avisos de los diarios, la menor de las tres hijas se empleó en un taller de costura. Celia, la mayor, que ya desde la escuela había demostrado viva inteligencia y carácter independiente, tomó otro camino que tal vez le señalaran estos rasgos y la seguridad que da a toda mujer saberse bella y elegante, en lo que la naturaleza había sido pródiga con ella. Sin consultar a nadie se fue a ver al diputado del departamento de que eran oriundos, correligionario de su padre al que tantas veces visitara allá afuera, a quien planteó no un pedido, sino la obligación de conseguirle una ocupación que valiera la pena. El hombre, que todavía no era viejo ni mal parecido, después de retener largamente la mano de la muchacha en la suya, le preguntó:

—¿Qué sabes hacer? — tuteándola sin remilgos.

—Soy modista. Tengo el título de profesora de corte y confección. Allá en el Sauce le hacía los vestidos a todas las ricas. Dicen que tengo buen gusto.

—Ah, já... Casualmente tengo una amiga que es dueña de una de las principales casas de modas. A lo mejor, ¿quién te dice? Vamos a ver.

El diputado llamó por teléfono y charló larga y alegremente con una tal Elvirita, mezclando numerosos temas más o menos ambiguos. Remató el diálogo con esta frase:

—Bueno, dejate de macanas. Te llamé para hacerte un pedido. ¿Estás transitable?

Aquí vino la explicación de su solicitud de trabajo para Celia, con extraordinarios elogios de la recomendada. A las preguntas que su interlocutora le estaría formulando sobre el asunto, el parlamentario respondió:

—Sabe trabajar, cómo no. Además es muy bonita y tiene una estampa bárbara —recalcó, guiñándole un ojo a la joven visitante—. Será un adorno para tu casa, che. Yo te la mando y tú te entiendes con ella. Gracias, Elvirita. Siempre a tus órdenes.

Así fue como Celia se empleó en una gran casa de modas. Poco tardó en cumplirse la profecía del diputado: la muchacha se convirtió rápidamente en la figura cumbre del establecimiento. Su transformación, apenas se puso los trapos indicados por los últimos figurines, era increíble. Revolucionó el barrio. La seguían automóviles guiados por galanes rijosos. Pronto tuvo relaciones que le permitieron ubicar de telefonista a Maria Julia, "la del medio". El espectro de la miseria desapareció de la puerta de la casa de don Modesto Pérez, corrido por una prosperidad creciente. Pero el hombre empezó a sentir, sin saber definir las razones, que en el fondo este triunfo encerraba para él una tremenda derrota. Su papel de jefe de familia perdía vigencia día a día. Los hijos traían el dinero para sostener el hogar, tomando en compensación toda la libertad que se les antojaba. Esto era alarmante en cuanto a las muchachas. Con el pretexto de ir al cine o a bailes, éstas solían volver a casa de madrugada. Mejor dicho: Celia, que nunca andaba con sus hermanas, no tenía hora para llegar a dormir. Algunas veces el viejo, que se pasaba las noches sin pegar los ojos, oía ruido de autos y risas en la calle, momentos antes de entrar su hija. Se resistía a admitir lo que aquello significaba, ¿más de dónde podía sacar dinero Celia para tener veinte trajes, igual cantidad de sombreros y pares de zapatos, anillo de brillantes y otros lujos incompatibles con su sueldo? ¿Qué estarían pensando los vecinos?

Don Modesto se resolvió a plantearle la situación a su esposa, pero ésta, con inesperado tono sarcástico y provocativa agresividad le contestó:

—¡Dejate de pavadas! ¿No te gusta que tus hijas anden bien vestidas? ¿Por qué no vas vos a trabajar pa mantenerlas?



Estas preguntas, en su cinismo repugnante, no tenían contestación, a no ser las lágrimas que don Modesto sentía correrle por el rostro en el silencio de sus noches sin sueño. Comprendió que su misión había terminado; lo tenían allí de lástima, como a un pensionista inválido, sin derecho a voz ni voto. Su autoridad, sin transmisión del mando, había pasado a manos de su primogénita. Esta, en efecto, entró a gobernar la casa con voluntad omnímoda, puesto que era quien resolvía todos los problemas. Había mejorado el destino de todos sus hermanos, incluso los varones, que de las fábricas saltaron a sendas oficinas públicas.

Un día decidió el traslado de la familia a un departamento céntrico, regiamente alhajado. Su madre se pasaba el día limpiando y fregando, pues la mudanza respondía al propósito de recibir visitas distinguidas, de cuya presencia don Modesto tenía que esconderse.

Esta, en realidad, no fue más que una etapa en el camino del éxito. Al año siguiente el nuevo domicilio pasó a ser un lujoso chalet en Carrasco, en el que el clan se instaló con aire triunfal, orgulloso de aquella mayorazga que lo conducía a planos cada vez más altos. Celia era eso: un caudillo todopoderoso, tiránico y magnánimo con los suyos. Les abría la mano, pero les cerraba el alma. No admitía preguntas ni la menor intromisión en sus asuntos. Sus protegidos temblaban ante ella, corrían a satisfacer sus menores deseos, tratando de adivinarlos.

De tarde en tarde, repentinamente, se quedaba a pasar la velada en el chalet, lo que era interpretado por la familia —sin que el obstinado silencio del padre tuviera valor alguno de disentimiento— como una generosa condescendencia. En tales ocasiones ni siquiera atendía el teléfono y no se podía prender la radio ni el televisor. Apenas probaba los delicados platos que le preparaban, prefiriendo fumar un cigarrillo tras otro mientras hojeaba revistas en las que nada leía, presa de una distracción misteriosa. Todos caminaban en puntas de pies, para no molestarla.

Ya para entonces Celia había pasado temporadas en Europa, a donde decía ir en busca de las últimas novedades de la moda, pues ella misma tenía ahora una casa del ramo con un capital casi millonario. Buenos Aires y Río de Janeiro le eran familiares. Durante sus viajes, su automóvil último modelo, intocable como un ídolo, la esperaba en el garaje. Al regreso no dejaba de traer valiosos regalos, a los que agregaba besos de estudiada efusión, para sus padres y hermanos, sin olvidar a la mucama.

A esta altura de su aventura montevideana, don Modesto Pérez habría sido envidiado, si lo hubieran visto, por sus viejos amigos del pago. Lo rodeaba en confort, nadaba en la abundancia. Estaba incluído, por el decoro propio de la casa, en el muestrario de gente bien vestida que era su familia. Nada podía desear, en verdad.

Hasta que en un bello amanecer primaveral unos pescadores encontraron su cadáver flotando en las verdes aguas de la playa de Carrasco.

Ramón I. ALVAREZ.

(Especial para EL DIA).



DOMINGO JOSE TORRE MAESO, de cuyo sentido fallecimiento se cumple hoy un año, y que por la promesa de su juventud y sus virtudes morales, ha dejado un hondo recuerdo en el corazón de sus familiares y de cuantos lo conocieron.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

LA TRAMPA PARA ABOOL, EL TERRORISTA, ESTA PRONTA. LA MISION DE TARZAN, DE DESCUBRIR EL CURSO ILEGAL DE LAS ARMAS DISTRIBUIDAS ENTRE LOS NATIVOS, ESTA EN LA BALANZA.















